

dos adversarios de Inglaterra, los cuales veían en la conclusión de un tratado con Rusia un golpe peligroso para los intereses de la Gran Bretaña.

Pedro fué tratado en París con muestras de distinción y se dió importancia á sus sentimientos respecto de Francia. No faltaron fiestas, audiencias, visitas hechas y devueltas; y grandes corporaciones, como la Sorbona, festejaron al Czar. En la casa de la Moneda se acuñó una medalla en honor suyo y á su presencia. Su persona, sus conocimientos, su vivo interés por todo cuanto se relacionaba con la política, la tecnología y la ciencia, causaron profunda impresión. A nadie que se pusiera en contacto con él se le ocultaban los destellos del genio de un hombre, cuya posición en el mundo era á la sazón muy distinta de lo que había sido antes, cuando emprendió el primer viaje á la Europa occidental. Saint Simon decía respecto de la armonía de Francia con Rusia: «Nada hubiera podido ser mas ventajoso para nosotros, tanto en lo tocante á nuestro comercio, como en lo concerniente á nuestra importancia política en el Norte, en Alemania y en la Europa entera.»—Pedro el Grande, según la expresión de Saint Simon, era una gran figura en Europa y en Asia.

Muy poco despues de haber abandonado Pedro á París, el 4 de agosto, se firmó en Amsterdam un tratado entre Francia, Rusia y Prusia, en el cual las tres potencias garantizaban solidariamente los tratados de Utrecht y Baden, igualmente que la futura paz del Norte. Francia se comprometió á no contribuir mas que por una amistosa mediación á poner término á la guerra del Norte y prometió asimismo que, trascurrido el plazo de su tratado con Suecia (en abril de 1718), no contraería nuevos compromisos con este reino.

Así las cosas, comenzó á hablar de la paz y en varios puntos se entablaron negociaciones para ella. En todas partes tenía Rusia ventajosa posición, y en todas se le guardaban consideraciones. El mismo Czar, sus ejércitos, su escuadra y sus diplomáticos, alocionados por la experiencia de los últimos años, habían llegado á ser un elemento extraordinariamente importante en Europa. Podía considerarse esta posición política de Pedro, adquirida á costa de tantos sacrificios, como un resultado de la actividad del Czar, y una feliz consecuencia de la batalla de Poltava.

#### LAS ÚLTIMAS FASES DE LA GUERRA

La perseverancia en la lucha valió á Rusia el no dejarse arrancar de las manos el premio de la victoria, ni aun en el último momento. Sin embargo, parecía que durante las últimas fases de la guerra, estaba expuesta á perderlo, á pesar de todos los triunfos obtenidos. Inglaterra particularmente tomó una actitud amenazadora con respecto al Czar. No dejaron de hacerse esfuerzos para reducir á prudente medida la importancia de Pedro en Europa. Los últimos años habían demostrado cuántos peligros llevaba consigo para todas las potencias una Rusia fuerte, y con cuánta facilidad podía llegar Rusia á una dominación europea, atendidas la descomposición interior del sistema político de Europa y las muchas rivalidades, disensiones y miserable envidia existentes en el seno de los Estados europeos. Este peligro podía ser muy grande, sobre todo en el tiempo que durara la guerra. La voluntad férrea de Pedro parecía siempre dispuesta á crear nuevos ejércitos y escuadras. Se debía desear la paz entre Rusia y Suecia, porque con ella el vasto campo del poder de Pedro podía encontrar cierto límite, y Europa necesitaba también reposo.

Pero donde con mas ansia se deseaba la paz era en Suecia. Ya antes de la batalla de Poltava se había apoderado del pueblo un sentimiento de general abatimiento y acá

y allá se oían predicciones relativas á la inminente ruina del país. Despues de la batalla de Poltava se ignoró por mucho tiempo si el rey vivía ó había muerto, habiendo muchos que le deseaban la muerte, porque creían, no sin fundamento, que mientras viviese Carlos XII, no había que pensar en la paz. Cundían rumores de toda clase respecto del rey, v. gr., que se había vuelto loco, ó furioso, y que había caído en el mas completo abatimiento, y llegaron á compararle con el demente Erico XIV.

Pero hasta el mismo Carlos XII pensó en la paz, particularmente cuando en la guerra de Turquía no pudo quebrantar el poderío de Rusia; y por primera vez tuvo Pedro noticia cierta de semejantes intenciones del rey en el año 1716. El general Rang, antes al servicio de Suecia, y á la sazón al de Hesse, principió á negociar con Kurakin en el Haya. Era por todo extremo difícil que tales negociaciones diesen resultados, porque Rusia se veía obligada á proceder con suma discreción y prudencia en consideración á los aliados, y todo conato de una mediación pacífica era á la vez un ensayo para sembrar la cizaña entre ellos.

El Landgrave de Hesse-Cassel fué asimismo encargado por Carlos para sondear las intenciones de los rusos respecto de un tratado de paz.

Por esta misma época, en que se gestionaba en París la amistad de Rusia con Francia, celebró Kurakin varias conferencias en el Haya con el mas fiel partidario de Carlos XII, Poniatowski. Deseaba Suecia saber el alcance de las condiciones de paz con Rusia. Görtz tomó también parte en estos tratos y propuso un congreso de paz en la Finlandia, donde podrían seguirse las negociaciones en secreto, y despues de concluidas tener una entrevista Carlos y Pedro, para lo cual se acordó que los plenipotenciarios de ambos Estados se reunirían en las islas de Aland.

Cuando Pedro regresó á Holanda á principios de agosto de 1717, celebró una conferencia con Görtz en el castillo de Loo. Muy poco despues dió Carlos su consentimiento para el congreso que había de celebrarse en las islas de Aland; pero al mismo tiempo trataba en Dinamarca lo concerniente al sitio que se había de emprender contra Schonen. No faltaban desconfianzas entre Dinamarca y Rusia, pues se temía en la primera el gran poder militar de Pedro, y nada se deseaba mas ardientemente sino que los rusos evacuasen á Mecklenburgo y se marchasen á su país.

Prusia no estaba ya tan bien dispuesta como antes y los diplomáticos rusos en Berlin debieron comprender que no era bueno desear con tanto ardor la paz. La promesa de Pedro de renunciar voluntariamente la Finlandia pareció á los ministros prusianos una concesión insuficiente, pues querían que renunciase también á la posesión de Reval. Los rusos se esforzaron en evidenciar que toda la Livonia tenía que pasar al poder de Rusia, para poder asegurar una paz duradera en el Norte. Hubo disgustos sin cuento, y gran divergencia en las opiniones; pero se renovó entre tanto el tratado de Havelberg y Pedro se comprometió á tener constantemente al rey al corriente de las negociaciones con Suecia.

Los ingleses manifestaron el deseo de hacer amistades con Rusia, y en Amsterdam se gestionó para celebrar un tratado de comercio en julio de 1717. Estaba investido del alto cargo de plenipotenciario de Inglaterra el almirante Norris, el cual se esforzó por conseguir el restablecimiento de la paz general. Golowkin hizo notar que la unión de las escuadras inglesa y rusa podría ser un medio muy apropiado para obligar por fuerza al rey de Suecia á que hiciese la paz. Durante los años que trascurrieran hasta el ajuste de la paz, opinaban los plenipotenciarios rusos que debía continuar el ataque contra Suecia. El rey Jorge no se conformó con estos pro-

y pretextó que tenía que proceder con exquisita prudencia ante el parlamento en los asuntos del Norte. La presencia del abate Dubois en la capital de Inglaterra pareció muy sospechosa á Wesselowsky, embajador ruso en Londres, pues suponía que aquel ministro influía en sentido opuesto á los intereses de Rusia en lo relativo á la paz.

En mayo de 1718 comenzaron las negociaciones en las islas de Aland. Bruce y Ostermann como plenipotenciarios de Rusia, Görtz y Gyllenborg con iguales poderes por parte de Suecia, debían acordar los puntos capitales del tratado de paz. El mismo Pedro escribió detalladas instrucciones á sus representantes, y aparece en esta parte de las actas cuán difícil era conciliar los intereses de los aliados con los de Rusia. Respecto de los primeros, se había comprometido Pedro á tratar con sinceridad y franqueza, y, sin embargo, á la sazón se veía en el caso de desear un acuerdo enteramente reservado entre Ostermann y Görtz. Según una carta confidencial dirigida por el Czar al primero, Ostermann debía prometer al baron de Görtz que Rusia, si conservaba todas las conquistas, excepto la Finlandia, ayudaría al rey de Suecia á hacer un tratado de paz con las demás potencias que le compensara estas pérdidas.

Desde el principio parecía que iban á fracasar todas las negociaciones basadas en la exigencia de Suecia, de recuperar la Livonia y Estlandia, «los baluartes del reino.» Ostermann procuró influir personalmente sobre el baron Sparre, que también se hallaba en Aland, y era ayudante general del rey. Hizo asimismo notar á los suecos que el Czar no era opuesto á obrar en unión de Suecia contra Inglaterra, y que Rusia estaría dispuesta á apoyar á los pretendientes. Se disputó muy obstinadamente sobre la posesión de Reval, á cuya ciudad opinaba Görtz que Suecia no debía renunciar. Görtz estuvo ausente como cosa de un mes, pretextando que tenía que recibir instrucciones del rey de Suecia. A su regreso declaró que Carlos se daría por satisfecho con la pérdida de la Livonia, entregándole un «equivalente» en Dinamarca, á lo cual debía ayudarle el Czar. Presentóse una nueva dificultad respecto de Wiborg. Ostermann y Bruce declararon, que Pedro no entregaría á Wiborg á causa de la seguridad que necesitaba San Petersburgo. Görtz presentaba mas y mas proposiciones que se referían á obrar contra los aliados de Pedro. Las adquisiciones esperadas por los prusianos parecían estar también en tela de juicio. Además de esto hubo demasiado graves diferencias para que la paz se hubiera podido hacer tan fácilmente; por ejemplo, ni los suecos ni los rusos querían renunciar á Kexholm. Dos veces fué Ostermann á San Petersburgo, y otras tantas Görtz á Estocolmo, con objeto de recibir nuevas instrucciones, pero nada se adelantó. Veíase cada vez mas claro, que Görtz no gozaba de la confianza de la corte de Suecia; circunstancia muy á propósito para paralizar su actividad diplomática. Hay que tener en cuenta además, la particularidad, de que los suecos titubeaban en hacer concesiones porque se esperaba que estallaría en Rusia una formidable revolución, y tal acontecimiento sería muy favorable para la situación de Suecia. Por fin Ostermann llegó á convencerse de que para ablandar á los suecos de una vez, era necesaria una invasión de los rusos en el reino; y expresó asimismo la esperanza de que «el rey temerario pronto sería muerto ó se rompería él mismo la cabeza»

Görtz partió á Suecia en noviembre, tan pronto como los plenipotenciarios rusos rechazaron definitivamente la exigencia de que el Czar ayudase al rey Carlos en la guerra con Dinamarca. Esperóse su regreso á Aland por espacio de cuatro semanas; pero no volvió, y en cambio se recibió la noticia de la muerte de Carlos XII y de la prisión de Görtz.

Ostermann salió para San Petersburgo y Bruce regresó á

Aland con el objeto de continuar las negociaciones. Era evidente que los acontecimientos de Suecia, la mudanza de soberano y los cambios políticos debían ser ventajosos para Rusia. Esta potencia exigía aun con mas empeño que antes la cesión de Livonia, Estlandia, Ingria, Wiborg y Kexholm con una parte de la Carelia, y en cambio se hallaba dispuesta á dar una indemnización. Entre tanto Pedro envió al brigadier Lefort á Estocolmo con el encargo de felicitar á la nueva reina, Ulrica Leonor, por su elevación al trono, con cuyo motivo se manifestó por ambas partes el deseo de la paz. Pero en Aland no se daba un paso, y Bruce y Ostermann representaron de nuevo cuán necesario era acelerar las negociaciones diplomáticas, echando mano de vigorosas operaciones militares.

En este tiempo ocurrieron sucesos que apartaron al Czar del mas fiel de sus aliados, el rey de Prusia. En Aland los plenipotenciarios rusos fueron interrogados por los suecos, si tenían noticia de las intrigas urdidas en el Occidente contra Rusia, —y en efecto se había hecho una alianza contra el Czar.—Golowkin supo en Berlin, que los hannoverianos se agitaban extraordinariamente contra el imperio ruso. Inglaterra prometió grandes ventajas al rey Federico Guillermo I y Golowkin habló muchas veces con el rey sobre estos asuntos. Era fácil que llegara un rompimiento entre Rusia y Prusia.

Era, pues, preciso que Rusia se presentara en escena en actitud enérgica. Una escuadra compuesta de 30 buques de guerra, 130 galeras y 100 transportes de menor calado zarpó con rumbo á Suecia, y las tropas que iban á su bordo desembarcaron en las inmediaciones de la capital sueca y redujeron á cenizas dos ciudades, 130 pueblos, 40 molinos y muchas fábricas de hierro. Apraxin se presentó á pocas millas de Estocolmo y devastó los alrededores. Calculóse el botín de los rusos en un millón, y el perjuicio hecho á los suecos en 12 millones. Enjambres de cosacos se presentaron en los alrededores de la capital: todo esto sucedía en julio de 1719. Pedro aguardaba con la mayor inquietud la realización y el efecto de estas violentas medidas.

Ostermann fué enviado á Estocolmo, pero allí se encontró con una firme actitud. Se le hizo notar la contradicción en que incurria Rusia al entablar negociaciones para la paz y al mismo tiempo enviar bandas de asesinos é incendiarios á los alrededores de Estocolmo, con lo cual naturalmente habían de debilitarse mucho en Suecia las disposiciones pacíficas.

El Czar envió á sus plenipotenciarios en Aland una especie de *ultimatum*, á tenor del cual, en el término de dos semanas, debían romperse las negociaciones, ó terminar con un tratado que tuviera por base las exigencias de Rusia. Los suecos declararon que en tal caso se veían en la necesidad de marcharse inmediatamente; y se dió por terminado el congreso sin haberse llegado al fin apetecido.

El nuevo gobierno de Suecia se puso de parte de Inglaterra celebrándose al efecto un tratado de paz entre ambos reinos. Suecia entregó Bremen y Verden á Hannover.

El embajador ruso en el Haya, Kurakin, en una extensa memoria sobre la situación política, hizo notar que este tratado de paz no empeoraba esencialmente la posición de Rusia, que Suecia no podía emprender nada decisivo, que era preciso ganar tiempo para obligar por la fuerza á Suecia á la paz deseada, y por fin, que la continuación de las operaciones militares en Suecia sería provechosa.

En Rusia se tuvo ocasión de adquirir el convencimiento de que, independientemente de la cooperación diplomática de las demás potencias que podían tratar con Suecia por separado, se debía llegar al fin por parte de Rusia luchando

y negociando al mismo tiempo. En lo esencial tenía razón Kurakin cuando aseguraba que nadie, ni aun Inglaterra, se presentaría en escena como salvador de Suecia.

El gobierno imperial parecía el más indiferente. Seguía la pequeña guerra diplomática entre Rusia y Austria, la cual surgió a consecuencia de la catástrofe de Alejo y del relato de Pleyer sobre aquella catástrofe. Pedro logró conseguir que se llamara a Pleyer de Moscovia; pero se le hizo muy pesado al príncipe Eugenio acceder en este punto a los deseos del Czar. Por lo demás Austria podía presentarse respecto de Rusia tanto más fría, cuanto que había hecho una paz ventajosísima con la Puerta, y se manifestaba a la sazón en Polonia lo mucho que allí se deseaba el alejamiento de las tropas rusas del territorio. Temiase también por parte de Austria a las tropas rusas que acampaban en el país vecino. Con ocasión del episodio de Alejo, en el que se exasperó la cólera de Pedro, se manifestó en Viena el temor de que el Czar, al frente de los ejércitos que tenía en Polonia, penetrara en territorio del imperio y ocupase varias provincias, y aun se llegó al extremo de representar a la Puerta que también ella debía gestionar para conseguir la retirada de las tropas rusas de Polonia. Representó asimismo importante papel en estas negociaciones la exigencia de que los rusos evacuasen a Mecklenburgo. Se proyectó una estrecha alianza defensiva entre Austria y Polonia, garantizando a la última la adquisición de la Livonia; pero en Viena hubo muchas dificultades respecto de este último punto.

Después de la muerte de Carlos XII se ajustó una alianza entre Suecia y Austria que llegó a oídos de Wesselowsky. Comenzóse en Viena a hablar en tono altanero al embajador ruso, y, entre otras cosas, le echaron en cara que el Czar no era ajeno a una rebelión en la Croacia.

Entre tanto el Czar se hallaba en relaciones regulares con el emperador y envió a Viena, en calidad de plenipotenciarios extraordinarios, a los tenientes generales Weissbach y Jagushinsky; pero no se logró la mediación de Austria para la paz. En Viena se propuso un congreso general en Brunswick; pero no estaba en situación de acceder a esta pretensión y el emperador prescindió del Czar.

Con Polonia gastaba Pedro muy pocas ceremonias. Nuevos ejércitos penetraban unos tras otros en aquel territorio, y unas veces Rönne, otras Scheremetyeff ó Menschikoff acampaban como dictadores en el infortunado país. La situación deplorable de su rey no fué lo único a que pudo atribuir Polonia el peso de la guerra, que gravó sobre ella más que sobre todos los demás. Las vejaciones que sufrían los griegos ortodoxos en Polonia ofrecieron al Czar ocasión para mezclarse en los asuntos interiores del país; y el oro ruso ejerció gran influencia sobre muchos magnates polacos. En esto se presentó una queja general en la Dieta de Grodno contra las tropelías a que se entregaban las tropas rusas, y se elevaron también solemnes protestas. Pero el país estaba y continuó siendo presa de las discordias intestinas de los partidos, y de las intrigas diplomáticas de las potencias. ¿Qué importancia podían tener en tal caso las reclamaciones que hizo hasta el fin el rey Augusto sobre la adquisición de la Livonia? Pedro no tenía ya por qué hacer caso de las amenazas del rey. También volvieron a presentarse nuevos proyectos de una repartición de Polonia durante las negociaciones de la paz (1). Un Estado, que a cada momento amenazaba deshacerse en pedazos, difícilmente podía pensar en adquirir de un modo duradero una provincia tan importante como la Livonia.

(1) Véase el caso ocurrido a dos judíos que se presentaron en Berlín, en Ssolowiewf, XVII, 373, 392-393.

Fué muy digna de notar en aquel tiempo la amistad de Rusia con España. Francia é Inglaterra se habían aliado contra España, y procuraban hacer entrar en la alianza a los Países Bajos. En cambio Kurakin entabló negociaciones en el Haya con el embajador español sobre un tratado entre España y Rusia. No se obtuvieron resultados de importancia, pero este episodio es una prueba de lo muy solicitada que era Rusia, y de la estrecha relación que tenía con todos los miembros del sistema político europeo. Rusia demostró, que en el caso de una rivalidad con Inglaterra y Austria, disponía de aliados que podían molestar a los adversarios del imperio moscovita. España en la época de Alberoni era un aliado nada despreciable; pero la caída de este ministro puso fin a estos proyectos de alianza.

Las relaciones con Prusia eran frías; la influencia anglo-hannoveriana había prevaído en Berlín; y el embajador prusiano en Petersburgo llegó a oír cosas muy duras. Quejábanse en Rusia de que el rey se había separado completamente del Czar; que Prusia tomaba parte por Suecia, y que por lo tanto debía considerársela como enemigo declarado. Pero debía de ser de mucha importancia para el rey el conservar buenas relaciones con el Czar. Para la política prusiana era Rusia un factor para el porvenir, del cual había de sacar mayor resultado que de cualquier otro; por consiguiente Pedro no tenía motivos para temer a Prusia.

No podía decirse lo mismo de Inglaterra. Suecia podía depositar con mucha seguridad su esperanza en una intervención armada de Inglaterra, y era muy fácil empeñar una lucha desesperada entre Rusia é Inglaterra en el mar Báltico.

Temíase en Inglaterra que Rusia favoreciese al partido de los pretendientes, y dábese como seguro que los emisarios de los Estuardos habían sido objeto de una cordial acogida en Petersburgo. El ministro Stanhope se quejó de esto al embajador ruso en Londres; y a su vez Rusia expuso algunas reclamaciones sobre la reiterada aparición de la escuadra inglesa en el mar Báltico. Los comerciantes ingleses temían que estallara una guerra anglo-rusa. A las repetidas instancias del Czar para que se explicase el motivo de la presencia de la escuadra inglesa en el Báltico, se contestó por fin, que Ulrica Leonor había pedido la mediación de Inglaterra y que la presencia del almirante Norris en el mar Báltico debía proteger esta mediación. Esta nota del embajador inglés en Estocolmo, Carteret, fué enviada a Ostermann y Bruce, que estaban a la sazón en las islas de Aland, para que ellos la hiciesen llegar a manos del Czar. Pero los plenipotenciarios rusos se negaron a darle curso y calificaron de inconveniente el proceder de Carteret y de Norris.

Pedro estaba tanto menos dispuesto a aceptar la mediación de Inglaterra para la paz, cuanto que sabía muy bien que la opinión pública en dicho país no quería el conflicto con Rusia.

Sin embargo, las demostraciones navales de Inglaterra no cesaban. En el verano de 1720 volvió a presentarse el almirante Norris en el mar Báltico. Wesselowsky escribió desde Londres diciendo que el almirante llevaba el encargo de reunir su escuadra con la sueca, proteger las costas de Suecia, é influir para el ajuste de la paz. Pedro por su parte envió a sus generales la más severa prohibición de recibir ninguna comunicación del almirante Norris. El jefe de Reval, que recibió una carta del almirante inglés con una postdata para el Czar, volvió a enviar inmediatamente este documento al almirante. Apraxin preguntó en su carta a Norris de una manera muy categórica la causa de la presencia de los ingleses en el mar Báltico. Norris habló en su respuesta de la intervención, y se le informó que en tal caso la presencia de un embajador inglés en Rusia era lo único que procedía.

El nuevo desembarco de tropas rusas en el continente sueco, verificado en el año 1720, demostró que Rusia no se dejaba intimidar por tales demostraciones, y que Inglaterra por su parte no estaba resuelta a hacer el último esfuerzo. Otra vez fueron reducidas a cenizas dos ciudades y doce aldeas. En Inglaterra se burlaba la oposición de la escuadra inglesa, que enviada para proteger a Suecia, miraba tranquila la obra devastadora de los rusos.

En el año 1721 volviéronse a presentar los ingleses en el mar Báltico, y también en esta ocasión llegó a Suecia una escuadrilla rusa, la cual derrotó a otra sueca en las costas de este país a presencia de los ingleses. Túvose noticia por Kurakin, que se hallaba en el Haya, de una carta del rey de Inglaterra a Ulrica Leonor, en la cual le daba el consejo de que hiciese la paz, porque aquellas demostraciones navales costaban muchísimo dinero, y se habían efectuado por pequeña mayoría en el consejo del rey. Era evidente que Suecia no tenía motivo alguno para contar con Inglaterra. Tampoco faltaban síntomas en la época de la paz de que en Inglaterra se deseaba una alianza con Rusia.

De este modo la firmeza de Rusia hasta el fin hizo posible una paz que correspondió a la colosal actividad del Czar y de su imperio. El desenlace estaba próximo.

En mayo de 1720 se presentó en Petersburgo un plenipotenciario de la reina Ulrica Leonor con objeto de anunciar oficialmente su advenimiento al trono, y en agosto del mismo año salió para Suecia un plenipotenciario ruso, Rumianzoff, al cual se le hizo la proposición de renovar las negociaciones de paz, y por cierto en Finlandia, cerca de Abo. Pedro mandó a decir inmediatamente que sus plenipotenciarios partirían para Rystadt.

En Petersburgo se entablaron negociaciones a principios del año 1721 con el embajador francés Campredon, el cual ofreció la mediación de Francia. Se le informó que el Czar no devolvería más que la Finlandia y con esto partió para Suecia.

A fines de abril de 1721 llegaron a Rystadt los diplomáticos rusos Bruce y Ostermann, y por parte de Suecia se encontraban ya allí Lilienstedt y Stromfeldt. Pedro con ocasión del congreso de las islas de Aland, había pensado que la Livonia podía ser cedida solo por 20 ó 30 años; pero a la sazón persistió resueltamente en que la adquisición de Livonia debía ser definitiva. Para amansar más a los suecos se verificó otra expedición a Suecia que llevaba la orden de devastar la comarca, como lo habían hecho las anteriores.

Los suecos se mostraron condescendientes respecto de Livonia; pero hubo acalorados debates en lo tocante a Wiborg. Los suecos tenían también esperanzas de poder conservar a Pernau y Oesel; pero pronto cayeron por tierra estas pretensiones, y solo hubo alguna resistencia con respecto a los alrededores de Wiborg. Pedro se excusó de firmar un tratado preliminar como proponían los suecos. Por fin se allanaron todas las dificultades, y el 3 de setiembre recibió Pedro la noticia de haberse firmado la paz el 30 de agosto, adquiriendo Rusia la Livonia, la Estlandia, la Ingria y una parte de la Carelia con Wiborgs-Lan. Finlandia fué devuelta y Rusia pagó dos millones de thalers (70 millones de reales).

Pedro dirigió una carta a Apraxin tan luego como recibió la noticia del ajuste de la paz, en la cual le decía: «Todos los alumnos terminan, generalmente, sus estudios en siete años; los nuestros han durado tres veces más (21 años); pero han tenido tan buen término, que no hubiera podido ser mejor.»

Hallábase el Czar en los alrededores de San Petersburgo,

cuando recibió la feliz nueva y regresó inmediatamente a su nueva capital, para anunciar a los habitantes de su «paraíso» la noticia de la conclusión de la guerra, con salvas y músicas, que dejaban oír sus acordes desde el buque del Czar. Un testigo ocular refiere, que el Czar saltó a tierra y se trasladó a una iglesia, acompañado de sus altos funcionarios, los cuales le rogaron, que para solemnizar tan fausto acontecimiento, aceptara la dignidad de almirante. En la plaza que hay delante de la iglesia se veían pipas de aguardiente. El Czar se presentó en una tribuna para dirigir la palabra al pueblo y en breves frases dió cuenta a los allí reunidos de la conclusión del tratado de paz; tomó un vaso y bebió a la salud del pueblo, el cual contestó con un hurra al Czar y resonaron las salvas hechas por los cañones de la fortaleza, y las de fusilería por los regimientos situados en la plaza. Doce dragones adornados con las cintas blancas de los heraldos, y con banderas y laureles en la mano recorrieron a caballo la ciudad en todas direcciones anunciando a son de trompeta la feliz nueva de la paz. El 10 de setiembre dió principio una gran mascarada, que duró muchos días. Pedro estaba loco de alegría y jugueteó como un niño; bailó y cantó algunas coplas durante la comida. El día 20 de octubre anunció el Czar en el Senado una amnistía y en el mismo día le rogó este que aceptase el nombre de Padre de la patria, el título de emperador, y el sobrenombre de «el Grande.»

El 22 de Octubre se celebró una función religiosa, en la que predicó Feofan Procopowit. Golowkin describió al Czar en una alocución, la manera como el pueblo se había elevado bajo la dirección de Pedro desde las tinieblas de la ignorancia hasta el «Teatro de la gloria política», del «no ser al ser», y se había «asociado a los pueblos políticos», por lo cual le ofrecía los títulos y el sobrenombre arriba mencionados como expresión de la gratitud del pueblo. El repique de todas campanas, el estampido de los cañones y las descargas de la fusilería se confundían con los vivas al Czar dentro y fuera del templo. Pedro pronunció también un discurso: dijo que el pueblo debía reconocer en esta guerra y en esta paz la disposición de Dios para bendecir a Rusia, pero que, mientras se esperaba en el mantenimiento de la paz, no debía descuidarse la conservación de la fuerza para defenderse, con objeto de no sufrir la suerte de la monarquía griega.

En Rusia se debía estar presintiendo que iba a brillar una nueva época. La guerra recién terminada separó para siempre la antigua Moscovia de la nueva Rusia. En Moscovia se asistió al comienzo de la guerra; en San Petersburgo se solemnizó la paz. Es digna de notar la orden dada hacia la mitad de esta época de guerra, a saber: que se trabajara mucho a fin de que en los periódicos extranjeros no se hablara más de «Moscovia», sino de Rusia, y en este sentido se expidió una circular a los embajadores rusos. Con esta marcha progresiva se completó definitivamente la emancipación de Rusia respecto del Oriente, a que hasta entonces había pertenecido, y entró el Czar en el mundo europeo. El progreso no fué inmediato, pero cada vez se fué viendo más claro con el transcurso de los años el fin a que se debía aspirar. El deseo de participar de la cultura europea en el terreno del saber y del poder, debía ir necesariamente acompañado de los esfuerzos por conseguir el pleno derecho de ciudadano en la familia de los Estados y pueblos del Occidente.

Realizóse un cambio completo en las relaciones políticas de Europa. La dominación de Suecia en el Nordeste había terminado, reemplazada por la hegemonía perpetua de Rusia en la mitad del Este de Europa. Polonia había dado un paso gigantesco en el camino de su decadencia y de su ruina. Un diplomático veneciano condensaba el resul-

tado de este modo: «El Czar, que en otro tiempo recibió leyes de los polacos, se las da después á su capricho con ilimitada autoridad (1).» Durante esta guerra el príncipe elector de Brandeburgo había adquirido una nueva posición en Alemania pasando á ser rey de Prusia: fué durante la guerra el principal aliado del Czar y necesitó el apoyo de la Rusia «trasformada.» La formación de dos grandes potencias en el Este del continente debía cambiar el centro de gravedad de la política, que durante largos años había residido en el mundo católico romano del Occidente de Europa.

No se puede negar que Pedro—favorecido indudablemente por circunstancias exteriores—tuvo una verdadera parte en estos profundos cambios. Desengañado por los descalabros que sufrió, largo tiempo aleccionado en la escuela de la experiencia, sin capacidad militar sobresaliente, pero plenamente poseído del pensamiento de reformar políticamente su imperio, logró el fin que se había propuesto. Arrastrado por el convencimiento de que era necesario romper con lo antiguo, triunfó sobre uno de los mas famosos generales, porque él era el mas grande pensador en política, y el mas fuerte carácter político.

Así como Carlos XII mostró poco sentido para promover los verdaderos intereses de su nación, Pedro unió á su persona el desenvolvimiento de los suyos, y este fué su principal objetivo. Los sufrimientos y fatigas de la guerra del Norte fueron considerados por él como una escuela de aprendizaje. Pedro vió mas claro que sus contemporáneos, que los mismos intereses del país y del pueblo se aseguraban con los resultados en el terreno de la política exterior, para cuya realización emprendió y terminó felizmente las luchas interiores. El haber conocido el camino que debía seguir su pueblo, le valió el sobrenombre de «el Grande,» que le ofrecieron los suyos al solemnizar la paz. El modesto marinero y artillero, el piloto y capitán se había elevado con este pesado trabajo á la categoría de almirante; y lo que es mas, de Czar subió á emperador.

### CAPÍTULO III

#### GUERRA CON TURQUÍA EN 1711

Pedro había aplazado el ataque contra Suecia, hasta que en el verano de 1700 recibió la noticia de que se había celebrado la paz con Turquía. Necesitaba estar asegurado en el Sur y la cuestión oriental debía quedar pronto abandonada pasando la del Báltico á la órden del día.

Sin embargo, era imprescindible que Pedro fijase su atención en el Oriente aun en medio de los cuidados y peligros de la guerra del Norte. A cada momento podía sobrevenir una invasión de los tártaros en el Sur de Rusia y la nueva adquisición de Azof debía sostenerse á todo trance. Por esto hemos visto que el Czar se hallaba con tanta frecuencia en Woronesch, donde inspeccionaba la construcción de buques, y cuidaba que estuviesen en estado conveniente todas las fuerzas ofensivas y defensivas que se habían de emplear contra Turquía. Pedro no pensó en tomar la ofensiva al principio de la guerra del Norte. Entre tanto Pleyer escribía diciendo en febrero de 1702, que se hablaba en Moscov, de que Pedro emprendería una campaña en el Cáucaso á la terminación de la guerra con Suecia y que trabaría lucha con Persia, añadiendo que tampoco desistía de atacar á Turquía, y de hacer una tentativa para conquistar la Crimea. No podía preverse que la guerra del Norte pudiese durar 20 años, y que la de Persia quedara aplazada tan largo tiempo.

(1) Ranke, «Las grandes potencias,» tomo XXIV, 17.

Por de pronto era necesario guardar la mayor prudencia con Turquía. El príncipe Golizyn fué enviado á Constantinopla el año 1701, con objeto de ratificar la paz firmada por Ukrainzeff y renovar la tentativa de que se permitiese á la marina rusa navegar por el mar Negro; pero recibió por contestación: que antes abriría el Sultan el interior de su casa á los rusos, que abandonarles el mar Negro; que los comerciantes rusos podrían como antes hacer su tráfico en los buques turcos y á su vez los embajadores rusos debían viajar por tierra y no atravesar el Ponto. El Reis-Effendi dijo que el Sultan no consentiría nunca á extranjero alguno el viaje por el mar Negro, y el patriarca de Jerusalem aconsejó al embajador ruso que nunca tocara esta cuestión. Golizyn supo que los turcos proyectaban inutilizar la entrada del mar de Azof y construir allí formidables fortificaciones. Pero á la vez declaró el príncipe de la Iglesia que todos los cristianos de Turquía tenían puesta la esperanza en el Czar y en su escuadra, y que los turcos estaban por esta causa en la mayor inquietud.

En noviembre de 1701 se presentó Pedro Tolstoi en Andrinópolis<sup>(2)</sup>, donde residía el sultan Mustafá II, con objeto de estudiar en secreto la situación de los pueblos de la península de los Balkanes y de informarse detalladamente de las fuerzas militares y de los proyectos de Turquía: debía además enterarse de si era cierto que se estaba construyendo una gran fortaleza en el estrecho de Kertsch, y averiguar qué clase de obras de defensa se habían hecho en Otschakov, Akkerman, Kilia y otras plazas.

Tolstoi anunció que su nombramiento de ministro residente con domicilio fijo en Constantinopla había causado malísima impresión en aquella capital; que los turcos temían la insurrección á los súbditos del Sultan, los cuales habían oído que el Czar había reunido en Arkangel una escuadra, compuesta de setenta buques grandes, que iba á hacer rumbo á Constantinopla «por el Océano» y por el Mediterráneo. Supo además Tolstoi que los tártaros de la Crimea se habían acercado repetidas veces al Sultan, suplicándole les permitiese atacar á Rusia.

Es efectivamente cierto que se trató al embajador ruso con gran desconfianza, que le manifestaron que la construcción de fortalezas rusas en la frontera había desagradado á los turcos, y que la Puerta no tenía confianza alguna en las seguridades de amistad dadas por Rusia. Exigíase por parte de los turcos que no pudiese anclar barco alguno en Azof y Taganrog. Por las relaciones de Tolstoi sabemos, con qué tacto rechazó tales pretensiones este diplomático, uno de los discípulos mas aprovechados de la escuela europeo-occidental de Pedro.

Otra cosa mas importante supo Tolstoi, es decir: que se trabajaba con ahinco por parte de Suecia y de Polonia, para excitar á los turcos á que rompiesen con Rusia, y hasta se llegó á hablar de emisarios zaporogos de la Pequeña Rusia, los cuales se agitaban en tal sentido. Tolstoi llegó á saber tan importante secreto de Estado, ganando á los mas altos funcionarios y á sus subalternos á fuerza de costosísimos regalos.

Por lo demás, las opiniones se sucedían en Constantinopla con tanta frecuencia como las personas; en pocos años conoció Tolstoi media docena de Visires. La clase de trato que se daba al residente variaba de un extremo á otro; tan pronto se le colmaba de agasajos, como se le trataba cual si estuviese prisionero.

(2) Algunas cartas de Tolstoi á su hermano son muy interesantes: pintan la situación de Turquía, á la vez que demuestran la actividad del embajador: en el «Archivo ruso,» 1864, págs. 473 hasta la 494.

Pedro estaba prevenido. Muchas cartas del Czar y de Apraxin testifican la increíble actividad que se desplegaba en los arsenales de Azof y Woronesh; repetidas veces escribió Pedro á Apraxin diciéndole que era necesario aumentar el número de los buques, y elevar el contingente de las tropas, para mandar fuerzas al auxilio de Azof. El Czar tomaba estas determinaciones, descendiendo á los menores detalles. Sabemos que las mencionadas construcciones llamaron poderosamente la atención de todos los enviados extranjeros, residentes á la sazón en Moscov.

Entre tanto reinaba en Rusia viva inquietud, pues se sabía que los tártaros proyectaban una invasión. Tolstoi insistió repetidas veces en Constantinopla, porque los turcos refrenasen los ímpetus guerreros de los tártaros. También hubo alarma infundada. Pretendíase unas veces en la capital haber oído que un ejército turco de 40,000 hombres estaba cerca de Tschigirin, y otras corría el rumor de que se aproximaba una escuadra turca que se proponía atacar á Azof. A pesar del tratado de paz celebrado en 1700, era opinión general, que habría un continuo estado de guerra. La demarcación de las fronteras tampoco tenía fácil solución, y esto tenía al Czar muy inquieto. La desconfianza de los turcos era cada vez mayor: todos los años una escuadra turca compuesta de galeras hacia una excursion, con objeto de vigilar los castillos que se estaban construyendo en las fronteras, para defenderlas contra los ataques que Rusia pudiera intentar. Un embajador turco, que se presentó en Moscov el año 1704, se quejó de que los rusos levantarán fortalezas en las fronteras turcas; y exigió que se suspendieran todos los trabajos en tal sentido, pero le contestaron que nada se hacia que estuviese en contradicción con las cláusulas del tratado de paz, y por lo demás se procuró imponer al diplomático turco, que con tanta pompa se había presentado, por medio de grandes revistas militares. Es muy notable una instrucción escrita de puño y letra de Pedro en la época en que se esperaba al embajador turco, y segun la cual no se le debía dar tiempo para que adquiriese pormenores sobre Azof, ni para que fuese con el Czar á Woronesh. Hubo muchas disputas sobre el ceremonial que se había de observar para recibir en audiencia al embajador.

Entre tanto, la situación de Tolstoi en la capital de Turquía era difícil; pero el Czar le rogó por carta que permaneciese en su peligroso puesto. En el año 1706, cuando Pedro después de la paz de Altranstätt, llevaba él solo todo el peso de la guerra con Suecia, estaba poseído de viva inquietud ante la idea de que Carlos XII hiciese causa comun con la Puerta. Surgió el pensamiento de prevenir este peligro, dando ocasion á la Puerta de atacar al Austria. Tolstoi, que demostró admirable serenidad, empezó á trabajar á derecha y á izquierda haciendo regalos al clero ortodoxo, y sobornando á los funcionarios turcos, adquirió mapas muy exactos del mar Negro, que mandó hacer, y en la primera ocasion remitió al Czar una obra especial que trataba de la topografía del Ponto (1). Recibió el encargo de trabajar en este sentido; procuró llenar su cometido valiéndose del embajador francés y siguió también con gran atención los pasos de la agitación húngara.

Hubo que desistir, desde luego, de contar con la cooperación de los franceses para una acción comun; pues Tolstoi supo que el embajador francés en Constantinopla estaba haciendo los mayores esfuerzos para producir un conflicto entre la Puerta y el Czar; que sostenía relaciones secretas con el Khan de Crimea y que ejercía influencia sobre las personas que rodeaban al Sultan. Los franceses consiguieron, por lo

(1) Ustrialoff, IV, 2, 399-400. Véanse las cartas sobre los tártaros «malditos,» pág. 431. Noroff poseía la descripción que envió Tolstoi; véase el extracto del manuscrito en Ustrialoff, IV, 1, 333-340.

menos, que el Sultan diese instrucciones para hacer preparativos de guerra, en particular á los comandantes de las fortalezas fronterizas de Bender, Aschakow, y Kertsch. Tolstoi logró saber con toda exactitud las sugerencias del embajador francés, el cual advirtió á los turcos que estuviesen alerta ante la preponderancia del Czar, cuya presencia en Polonia era á la sazón necesaria, y les hizo notar por otra parte, que nunca se volvería á presentar momento mas favorable para hacer la guerra á Rusia (1707). Denunció además las relaciones de Rusia con los cristianos de los Balkanes; hizo que se sospechase de Tolstoi como espía y agitador; y advirtió que debían tomarse con él grandes precauciones. Al final de este escrito encaminado á dar la voz de alerta, se decía: «El Czar está aguardando á que se concluya la guerra de Suecia y Polonia, para cubrir en seguida el Mar Negro con sus escuadras y enviar sus ejércitos á la Crimea, y el Emperador llegará por otro lado: en tal caso podrá suceder muy bien que los turcos se vean precisados á refugiarse en el interior del Asia.»

No era, sin embargo, fácil tarea el conseguir que el indolente y perezoso gobierno turco despertara y se decidiera á obrar. Tolstoi se burlaba de los infructuosos trabajos del embajador francés, y consideraba como un triunfo el no haber gastado mas que el valor de una piel de armiño y dos de marta cebellina, mientras que el francés había estado muy generoso en espléndidos regalos.

Algun tiempo despues, Tolstoi se vió obligado á hacer gastos de mucha mayor consideración con el objeto de averiguar las intenciones de un agente diplomático que Estanislao Leszczinski había enviado á Constantinopla. Éste aconsejaba, como lo había hecho el embajador francés, que se permitiera á los tártaros emprender contra Rusia la campaña, tan largo tiempo por ellos deseada, diciendo que de este modo Turquía podría recuperar á Azof. Anunciaba también el nuevo rey de Polonia, que Pedro proyectaba una agresión contra la Puerta, á cuyo objeto estaba formando una poderosa escuadra; que contaba con un levantamiento general por parte de los cristianos que poblaban los Balkanes, y que fomentaba y protegía la agitación. Decíase además, que el Czar recibía de todas partes cartas de los súbditos del Sultan, que estos documentos se habían presentado á varios nobles polacos, y que para convencerse de las intrigas de los rusos, bastaría una visita domiciliaria en casa de Tolstoi.

Algunos de los magnates de la corte del Sultan, aconsejaron á este que mandara practicar la visita domiciliaria en la residencia del embajador ruso; pero los mas sensatos le advirtieron que un insulto de esta especie hecho al Czar, traería como consecuencia necesaria una guerra con Rusia, para la cual no estaba preparada la Puerta. Tolstoi logró sobornar al Visir y al Reiss-Effendi. Cuando dos distinguidos funcionarios fueron estrangulados por órden del Visir, el cual no permitía que se elevase ningun hombre dotado de aptitud y talento, Tolstoi exclamó entre trasportes de alegría: «¡Dios quiera que los demás perezcan tambien estrangulados!»

El peligro que amenazaba por parte de Turquía, fué muy serio en la época de la gran insurrección de los cosacos en el Sudeste del imperio. Ya hemos visto que los insurrectos quisieron hacerse aliados del Sultan, que dieron aviso á este último para que estuviese alerta con el Czar y su escuadra, y que tuvieron el proyecto de trabajar para que Azof volviese á poder de Turquía. Sobre todo, el Czar tuvo en aquella época gran temor de que Bulawin y sus partidarios se apoderasen de Azof y de Taganrog, y entregasen estas ciudades á los turcos. Si en esta época se hubiese efectuado una invasión por parte de los tártaros, habría sido de temer la mayor de las calamidades.